

## *Como reinas: El virreinato en femenino* (*Apuntes sobre la Casa y Corte de las virreinas*)

Manuel Rivero Rodríguez

Desde su origen, el cargo de virrey se asoció a la alteridad con el rey y quienes ostentaron este título se asociaron a la mismísima familia real. Del mismo modo, su casa y corte fue contemplada como un espejo de la del propio soberano, cuando no una prolongación sin más. Estos rasgos de la figura viceregia obligan a usar el lenguaje con cautela, pues incurriríamos en un error de apreciación si hiciésemos una divisoria institucional entre la casa y corte del rey y las casas y cortes vicereguas. No hubo tal. La misma designación para ocupar tan alta dignidad era en sí misma una fórmula de incorporación en la “familia” del soberano, calificar al elegido como “primo nuestro, visorrey y capitán general” no era simple retórica, sino una realidad muy viva y cuando los virreyes nombrados para América entraban en Sevilla, pernoctaban en los reales Alcázares recibiendo el tratamiento reservado para los reyes y su servicio<sup>1</sup>. En Italia, los visitantes tuvieron siempre prohibido tocar la persona del virrey y su casa por poner en una posición infamante al propio soberano y su servicio. La contigüidad entre rey y virrey se manifestó de manera muy clara en sus casas; en un trabajo de investigación en curso, hemos podido constatarlo a través del servicio del virrey de Sicilia, Filiberto de Saboya, quien falleció en 1624 si

<sup>1</sup> J.I. Rubio Mañé, *El Virreinato*, México 1983, I; M. Rivero Rodríguez, “Doctrina y práctica política en la Monarquía Hispánica: Las instrucciones dadas a virreyes y gobernadores de Italia en los siglos XVI y XVII”, *Investigaciones Históricas* 9 (Valladolid 1989), p. 209; C. Giardina, *L'Istituto del vicerè di Sicilia (1415-1798)*, Palermo 1930, pp. 69 y ss.; J. Lalin-de Abadía, *La institución virreinal en Cataluña*, Barcelona 1964, p. 247.

bien su casa le sobrevivió sin ser disuelta; Felipe IV mantuvo y pagó los gastos de su casa hasta 1654, una merced muy especial pero que creemos que no fue insólita <sup>2</sup>.

La casa del virrey era contigua a la del soberano. Así se aprecia, por ejemplo, en las leyes de Indias cuando se marcan algunas pautas relativas a como han de organizar los virreyes su servicio doméstico: “Los virreyes procuren servirse y tener en sus casas hijos y nietos de descubridores, pacificadores y pobladores y de otros beneméritos para que aprendan urbanidad y tengan buena educación” <sup>3</sup>. Unas directrices dirigidas al cumplimiento de una función inherente a la Casa Real, activando un *alter domus*. La inclusión de las élites americanas responde a la razón por la que según Fernández Navarrete se incluyó a los nobles y sus familias en los oficios domésticos del rey: “tenerlos junto a su persona, para asegurarse dellos, y para consumirlos, y agotarlos, de suerte que no les quedasen fuerças para poder intentar novedades” <sup>4</sup>. Lo cual también justificaba las *alter domus* de los *alter ego*.

Así mismo, las cortes virreinales fueron centros de poder muy autónomos, porque la autoridad efectiva del rey sobre los virreyes se ejercía a través de una relación personal, no institucional:

No hace S.M. provisión de mas soberanía, puesto que puede el virrey (de Nápoles) valerse en cuanto pudiere del poder absoluto. Los provechos son de gran consideración por depender su interés de su albedrío. Ocupa cantidad de hombres en gobiernos, judicaturas y comisiones, letrados y de espada. Elije capitanes, da banderas, remite muertes y concede vidas con las mercedes, que hace, representando en todo la Persona Real <sup>5</sup>.

Según la historiografía institucionalista, en la segunda mitad del siglo XVI, concretamente bajo Felipe II, estos lazos personales fueron reemplazados por vínculos institucionales en los cuales el desarrollo de los consejos subordinó a

<sup>2</sup> “Copia de la cláusula y legado de gajes que el serenísimo príncipe Filiberto, que sea en gloria, dejó a todos sus criados en el testamento debajo de cuya disposición dejó en Palermó a 4 de agosto de 1624, AHN. Estado, leg. 2125.

<sup>3</sup> Felipe II, Madrid 9 de abril de 1591, *Recopilación de leyes de los reinos de las indias*, Madrid 1841, II, pp. 15-29 (libro 3, título 3, n° 31).

<sup>4</sup> Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*, Madrid 1626, p. 172.

<sup>5</sup> C. Suárez de Figueroa, “El pasajero (1617)”, *CODOIN XXIII*, p. 29.

los virreyes a la autoridad de los órganos centrales del gobierno <sup>6</sup>. Esta descripción ignora el hecho de que las instrucciones dadas a los virreyes siempre tuvieron un carácter informativo y no de ordenanza <sup>7</sup>, que a cada nuevo virrey se le informaba de los problemas que iba a hallar, qué cosas requerían atención y qué se esperaba de él. Pero más que una ordenanza, su obediencia la fijaba su lealtad personal al rey. Las instrucciones contenían un mandato moral pero no categórico. El aprecio o el disgusto de los actos del virrey se hallaban en conexión al deseo del soberano y su cese o remoción tenía la misma naturaleza íntima que su nombramiento (siempre era un encargo personal del rey a la persona escogida); así, era fama que Felipe II, cuando no estaba satisfecho con un virrey,

solía por medio de su Consejo de Estado u otro, ordenarles pidiessen licencia para dejar los cargos, medio prudente para sacarlos dellos con mayor dulzura y sin quiebra de reputación como se hizo con el duque de Osuna siendo virrey de Nápoles <sup>8</sup>.

Una fórmula que arraigó como modelo particular de suspender de su oficio a un virrey:

Su Majestad dio intención de hacerlo así y aunque los validos (el duque de Uceda y el confesor Aliaga) se opusieron a esta resolución, solamente alcanzaron que la suspendiese hasta que el duque (de Osuna),

<sup>6</sup> Sobre la figura institucional del virrey véanse C. Hernando Sánchez, “Los virreyes de la Monarquía española en Italia. Evolución y práctica de un oficio de gobierno”, en M. Rivero Rodríguez (coord.), *Italia en la Monarquía Hispánica. Studia Histórica-Historia Moderna* 26 (Salamanca 2004), pp. 43-73, e Ídem, “‘Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona’. El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II”, en E. Belenguer (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, Madrid 1999, III, pp. 215-338; L. Papiñi, *Il governatore dello Stato di Milano*, Génova 1951; J.I. Rubio Mañé, *El Virreinato...*, pp. 23-43; J.A. Lavalle, *Gobernadores y virreyes del Perú (1532-1824)*, Barcelona 1909.

<sup>7</sup> M. Rivero Rodríguez, “Doctrina y práctica política en la monarquía hispana. Las instrucciones dadas a los virreyes y gobernadores de Italia en los siglos XVI y XVII”, *Investigaciones Históricas* 9 (Valladolid 1989), pp. 197-212; R. Villari, “España, Nápoles y Sicilia. Instrucciones y advertencias a los virreyes”, en R. Villari y G. Parker, *La política de Felipe II*, Valladolid 1996, pp. 31-53; G. Lohmann Villena, *Las relaciones de los virreyes del Perú*, Sevilla 1959, pp. 12-26; J. Salcedo Izu, “Instrucciones para los virreyes de México bajo los Austrias (1535-1701)”, en *Estructuras, gobierno y agentes de la Administración en la América española (siglos XVI, XVII y XVIII)*, Valladolid 1984.

<sup>8</sup> *Reflexiones sobre el gobierno de Sicilia*, Ms. anónimo del siglo XVII, RAH 9/3947 (1).

por reputación, se anticipase a pedir licencia de venir a la Corte y se le concediese <sup>9</sup>.

La razón de proceder de esta manera preservaba la reputación de la Casa Real y servía para que

no se persuadiesen los vasallos a que podían ser parte en las mudanzas de los Vi Reyes, de que nacería en ellos la soberbia y inobediencia y en los Vi Reyes el temor de descontentarlos con que se perturbaría la administración animosa de la justicia, libre distribución de los premios, con daño general de los vasallos <sup>10</sup>.

Los propios virreyes, en las ocasiones en las que reflexionaron sobre su quehacer, como hiciera Juan de Vega en su famosa carta a Felipe II (escrita en 1558) <sup>11</sup>, o los enjundiosos memoriales del conde de Olivares <sup>12</sup>, nunca dudaron de que pertenecían a un orden doméstico, de familiaridad con el rey, y por tanto inmunes al control externo de su función por parte de tribunales y oficiales reales. Nunca se reconocieron sujetos a la autoridad de los Consejos supremos de la corte pues, como señaló Federico Chabod, las premisas sobre las que se fundaba el gobierno virreinal impedían insuflar en sus titulares una concepción burocrática de su oficio, porque respondían a una ética caballeresca y porque su función la entendían como consecuencia de un vínculo personal con el rey <sup>13</sup>.

### 1. *Casas y cortes viceregadas*

Según reza una relación napolitana de comienzos del siglo XVII, atribuida a Giulio Genoino, la nobleza del reino de Nápoles sucumbió a una dinámica de progresivo endeudamiento debido al tren de vida que les imponía la asistencia

<sup>9</sup> Relación de la entrada del cardenal de Borja en Nápoles, BNE, Ms. 11344, 4vº-5rº.

<sup>10</sup> *Ibidem.*, 3v-4r.

<sup>11</sup> Carta de Juan de Vega a Felipe II, 8 de Junio de 1558, BNE, Ms. 10.300.

<sup>12</sup> “Relación del Conde de Olivares sobre el gobierno de Sicilia” (1596), RAH. Ms. 9/3947, fol. 54.

<sup>13</sup> *Lo Stato di Milano nella prima metà del secolo XVI*, Roma 1955.

a la Casa y Corte viceregia, “los citados nobles no pueden mantener el necesario decoro y, queriendo obligarse a ello, se ven obligados a oprimir a sus vasallos”<sup>14</sup>. Los nobles abandonaban la vida en provincias y afluían masivamente a la capital, gastando sus rentas en llamar la atención de los virreyes para obtener oficios, honores e ingresos<sup>15</sup>. El autor del memorial no advirtió que aquello que él consideraba específico de su patria era extrapolable a otros lugares sometidos a la autoridad de los monarcas españoles. Nápoles no fue distinto respecto a otras capitales en cuanto a polo de atracción y centralidad de la vida política y social de los reinos. Palermo, México o Lima, fueron ciudades que ejercieron un papel semejante y en ellas los rituales cívicos se encargaron de subrayar esta naturaleza<sup>16</sup>.

Sin embargo no todas las cortes viceregias ni todos los virreyes fueron iguales. En Nápoles, Palermo o Lisboa, pese a no residir el rey, sus casas reales no se trasladaron a Madrid y los empleos palatinos no se extinguieron. En los reinos de la Corona de Aragón, la Casa Real residía con el rey, casi siempre fuera del territorio, con lo que las casas viceregias fueron casas particulares pero con un carácter de asociación a la realeza semejante al de las casas de infantes, reinas y otros miembros de la familia real. Por último, en Indias se creó una tradición nueva, más vinculada a esa idea de casa particular arriba señalada, pero con rasgos que a veces las sitúan con una autonomía propia de las cortes que conservaban viejas tradiciones palatinas. Así pues, procede hacer un rápido repaso a estas situaciones diferentes, pues esto incide de manera directa en la diversidad de significados que posee el virreinato como realidad.

Comenzaremos por Nápoles, dado que el reino italiano siempre fue considerado como la joya de la Corona y el cargo de virrey de este territorio el más codiciado no solo por la riqueza que reportaba a sus titulares, sino por el honor y prestigio inherentes al mismo. En los últimos años se han publicado importantes

<sup>14</sup> R. Villari, *La revuelta antiespañola de Nápoles: Los orígenes*, Madrid 1978, pp. 163-164.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 173-191.

<sup>16</sup> A. Tedesco, “La ciudad como teatro: rituales urbanos en Palermo en la Edad Moderna”, en A. Bombi, J.J. Carreras, M.A. Martín (coords.), *Música y cultura urbana en la Edad Moderna*, Valencia 2005, pp. 219-242; M. Fagiolo y M.A. Madonna, *Il teatro del sole. La rifondazione di Palermo nel Cinquecento e l'idea di città barocca*, Roma 1981; M<sup>a</sup> A. Durán Montero, *Lima en el siglo XVII, arquitectura, urbanismo y vida cotidiana*, Sevilla 1994; R.M. Acosta de Arias Schreiber, *Fiestas coloniales urbanas (Lima-Cuzco-Potosí)*, Lima 1997.

biografías de virreyes de Nápoles donde se hace patente esta importancia pues se nos muestran como verdaderos príncipes que nada tenían que envidiar a los potentados independientes de Italia, sin embargo, la atención hacia la vertiente doméstica de su autoridad no ha sido abordada en profundidad, siendo notable la escasez de estudios relativos a la supervivencia de la Casa Real de Nápoles y su incardinación con la propia casa del virrey —por una parte— y por otra el lugar del *alter ego* como *pater familia* <sup>17</sup>. Obviamente, estos trabajos han llenado un hueco tradicionalmente desatendido por la historiografía española e italiana, pero está aún pendiente una investigación en detalle que nos aporte más información que la que nos ofrecen los eruditos de los siglos XVIII y XIX que hemos tomado como referencia para esta primera aproximación.

En Nápoles, los oficios palatinos nacían de la tradición angevina <sup>18</sup>, el senescal, el gran chambelán, el gran condestable, arqueros, escuderos palatinos, etc., componían el servicio del palacio virreinal (con instituciones tan interesantes como la del juez del palacio real, más conocido por asimilar a su condición el oficio de auditor general del ejército y conocedor de las causas de los soldados acantonados en el reino). Como ocurriera en Castilla, a lo largo de la Baja Edad Media los altos oficios palatinos se vincularon a potentes linajes aristocráticos mientras que el ejercicio útil de dichos cargos quedó en manos de sus más directos subordinados. Así, el tesorero asumió tareas que en el pasado realizaba el gran chambelán pues al ser éste un oficio de honor se alejaba del trabajo manual de la contabilidad. El cargo de Gran Condestable se vinculó al potente linaje romano de los Colonna, cuya jefatura militar en el reino tendrá un carácter simbólico ejerciéndola de facto el virrey, capitán general del reino. El Gran Canciller perduró como símbolo venerable de justicia sin ejercicio material, asumiendo el Consejo Colateral sus trabajos en calidad de tribunal supremo. El Gran Chambelán se desligó de su primitiva función de control de la contabilidad de la cámara real, el Gran Almirante respecto a la flota, el Gran Justiciero respecto a la administración de Justicia o el Protonotario y Gran Camarlengo

<sup>17</sup> C. Hernando Sánchez, *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Don Pedro de Toledo*, Salamanca 1994; I. Enciso, *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III: Nápoles y el conde de Lemos*, Madrid 2007; A. Minguito Palomares, *Linaje, poder y cultura: el gobierno de Íñigo Vélez de Guevara, VIII Conde de Oñate en Nápoles (1648-1653)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid 2004

<sup>18</sup> P. Giannone, *Istoria Civile del Regno di Napoli. VII: In cui contiensi la polizia del Regno sotto angioini*, Milán 1823, pp. 126-138.

cuyas funciones asimilaron algunos consejeros del rey a título honorífico (estos se incorporaron a la titulación de los presidentes del Consejo de Italia que asumieron sus funciones <sup>19</sup>).

Bajo la Casa de Aragón, la Casa Real napolitana incrementó fuertemente su personal, estimándose que del medio centenar de personas que componían el servicio se pasó a un número superior llegando a duplicarse, con un gasto que en los libros de cuentas del maestro racional rondaba los 640.000 ducados anuales en los años 1492 y 1493 <sup>20</sup>. Fernando I restableció los Sette Grandi Uffici –de los que había prescindido Alfonso V– con el objeto de integrar como oficiales de su casa a los grandes feudatarios, no tanto para cumplir funciones administrativas como para asentarlos en la representación pública de la corte, en las ceremonias y rituales del poder. Señala Bianchini que al convertirse el reino en virreinato, después de 1504, la situación de la Casa Real no sólo no tuvo menoscabo sino que se afianzó muy notablemente bajo los lugartenientes de Fernando el Católico.

En el tiempo transcurrido entre 1456 y 1516, el modelo de casa y corte apenas se desvió de la matriz angevina, manteniéndose una peculiaridad característica de su organización como fue la distinción entre oficiales reales y oficiales de la corona, dos formas de servicio separadas por las dos personas del rey, los primeros adscritos a palacio y vinculados a la vida del soberano (y más adelante a la permanencia de un virrey) y los segundos al servicio del rey en un sentido abstracto, del rey no como persona física (de ahí la denominación “de corona”) sino como cabeza de la república, estos servidores son los jueces y consejeros que nutrían los tribunales y consejos que el virrey presidía <sup>21</sup>. Los grandes oficios palatinos eran timbre de orgullo, manifestación del poder y señal del prestigio de sus titulares a pesar de la anómala situación en la que se encontraba la existencia de una Casa Real sin rey <sup>22</sup>. Por una parte, debe considerarse que los

<sup>19</sup> M. Rivero Rodríguez, *Felipe II y el gobierno de Italia*, Madrid 1998, véanse las instrucciones al consejo de 1559 en p. 244 y las de 1579 en p. 250.

<sup>20</sup> L. Bianchini, *Della Storia delle finanze del Regno di Napoli*, Palermo 1839, p. 209.

<sup>21</sup> P. Giannone, *Istoria Civile del Regno di Napoli...*, VII, pp. 117-118.

<sup>22</sup> Algunos ejemplos en el reinado de Felipe III los tenemos en Giulio Césare di Capua, príncipe de Conca, Gran Almirante del Reino (30 de junio de 1607), Íñigo Ávalos de Aquino, marqués de Pescara, Gran Camarlengo del reino (22 de noviembre de 1597, este oficio palatino permaneció en la familia Ávalos de Aquino hasta la desaparición del dominio español), Gran Canciller del reino Tiberio Pignatelli (4 de septiembre de 1604, las familias Pignatelli y después Caracciolo monopolizaron este oficio), Gran Condestable del reino Marco

principales oficios de la Casa Real de Nápoles, al “desaparecer” en un sentido funcional y ser “reemplazados” por instituciones de gobierno han sido desdeñados o considerados inexistentes (o bien han constituido la prueba de la transición al Estado Moderno) sin embargo aquí se produjo un proceso de cambio muy semejante al castellano, donde los más altos oficios palatinos se arraigaron en la prosapia de linajes potentes, que de esta manera se vinculaban indisolublemente a la realeza, mientras que por otro lado la Casa Real siguió ejerciendo un papel integrador a través de oficios palatinos como el montero mayor, el correo mayor, etc.<sup>23</sup>, e incluso de un centenar de “continuos del virrey” [En 1594 se estableció que la mitad fueran naturales y la otra mitad extranjeros, en 1612 se reservaron diez plazas vinculadas al séquito personal de cada nuevo virrey, para que colocara a sus criados, y que quedarían vacantes al salir del reino, en 1619 el rey ordenó que se redujesen a 50 sin que esto llegase a efectuarse<sup>24</sup>]. Las descripciones de los cronistas relativas al ejercicio de la autoridad de un virrey dan idea del papel importantísimo reservado al servicio de su casa, que va mucho más lejos de una simple representación o manifestación de la cultura política del momento, pues el ideal de servicio que impregna los actos públicos de los virreyes actúa sobre las personas y las cosas, definiendo el orden y las relaciones de subordinación existentes entre unos y otros:

Don Pedro Fernández de Castro, vino por virrey lugarteniente y capitán general por el Rey Don Felipe III, sucediendo al de Benavente. Visitaronse con mucho amor, grandeza y cortesía, conforme queda ya dicho. Hizo su ingreso en la forma que los demás Virreyes. Comenzó a ejercitar su cargo con mucha grandeza, vistiéndose el manto real, llevando los pajes descubiertos y en cuerpo, y al caballerizo al pie y al estribo, dando llave dorada a su camarero mayor, a todos los gentileshombres de cámara y

---

Antonio Colonna (7 de septiembre de 1596, su abuelo recibió este título y estuvo siempre ligado a su linaje durante todo el siglo XVII), en otros oficios como el de Gran Maestre Justiciero –príncipe de Molfetta–, Gran Protonotario –Doria, príncipe de Melfi– y Gran Senescal –Guevara, condes de Potenza y duques de Bovino– sus titulares también son miembros de la alta nobleza; *vide* R. Magdaleno Redondo, *Títulos y privilegios de Nápoles (siglos XVI-XVII). II: Mercedes económicas*, Valladolid 1988, pp. 431-432.

<sup>23</sup> C. M<sup>a</sup> del Rivero, “Una serie de medallas de los virreyes de Nápoles (1618-1630)”, *Hispania* 6/XXIV (Madrid 1946), pp. 383-408.

<sup>24</sup> R. Mantelli, *Il pubblico impiego nell'economia del regno di Napoli*, Nápoles 1987, p. 184, n. 76, y p. 212, n. 84.



copa; y así mismo a los pajes de cámara y a los demás mozos de cámara de retrete y estrado, guardarropa y porteros, llave pavonada, que eran infinidad de llaves, trayendo así mismo S.E. la llave dorada de la Cámara de S.M. como gentil hombre de ella <sup>25</sup>.

Los oficios principales de la Casa Real eran provistos por el rey, con consulta del Consejo de Italia a partir de la lista propuesta por el virrey. En una relación sin fecha de principios del siglo XVII, encontramos enumerados de manera genérica los “Oficios reservados a la provisión de Su Majestad” que incluye un número reducido de oficios y honores palatinos <sup>26</sup>:

- Sette Uffici
- Secretario del reino
- Ujier Mayor
- Tesorero General
- Escribano de ración
- Montero Mayor
- Correo Mayor

Más adelante se especifica que el resto los provee libremente el virrey a excepción de los oficios vendibles, señalando que los de mayor importancia lo eran a colación y provisión de Su Majestad y los otros lo eran por vía de la Camera de la Sommaria con acuerdo del virrey y del Consejo Collateral.

Los cambios más significativos tuvieron lugar durante el reinado de Felipe III, manifestándose de manera determinante bajo el gobierno del conde de Lemos (1610-1616) quien, al encargar al ingeniero mayor de su casa, el arquitecto Fontana, la construcción de un palacio real en la capital, marcó un programa muy concreto de ejecución de un espacio que acogiese las necesidades de una corte principesca, con alojamientos, espacios y aposentos imprescindibles para un lugar que ha de ser residencia y lugar donde un “numeroso gentío va a negociar con el Príncipe” (según reza literalmente en el texto del encargo) <sup>27</sup>.

<sup>25</sup> J. Raneó, “Etiquetas de la Corte de Nápoles”, (ed. de A. Paz y Meliá), *Revue Hispanique* XXVII (París 1912), p. 300.

<sup>26</sup> *Oficios reservados a provisión de Su Majestad* s.d., AHN. Estado, leg. 1014. También sobre los oficios palatinos *vide* L. Bianchini, *Della Storia delle finanze del Regno di Napoli...*, pp. 132-150.

<sup>27</sup> S. de Cavi, “Senza causa et fuor di tempo: Domenico Fontana e il palazzo vicereale vecchio di Napoli”, *Napoli Nobilissima*, 5ª serie, IV, fasc. V-VI (Nápoles 2003), pp. 187-208; G. Muto, “Capital y Corte en la Nápoles española”, *Reales Sitios* 158 (Madrid 2003), pp. 2-16.

En 1612, la casa del virrey estaba compuesta de un mayordomo mayor, un camarero mayor, un maestro de sala, ocho gentileshombres, doce pajes, un tesorero, un contador, un médico de cámara, dos capellanes para la capilla secreta, cuatro ayudantes de cámara, un maestro de ceremonias y cuatro porteros, 24 caballerizos, 4 heraldos (trombetti), 30 oficiales de cocina, despensa y botillería, 27 cocheros y mozos de cuadra. El gasto de la caballeriza de la Maddalena y de la raza de Puglia consumía 15.000 ducados anuales, manteniendo el virrey 50 o 60 caballos para su persona, tanto para monta como para coches y 12 mulas para los carruajes. La guardia personal del virrey se componía de una compañía de cien alabarderos, dos compañías de caballería (de 50 individuos cada una) y una compañía de infantería alemana y otra española. La capilla real estaba dirigida por el Capellán Mayor quien, al mismo tiempo, era prefecto de los estudios con jurisdicción sobre los profesores y estudiantes de la Regia Universidad, sus ingresos provenían no solo de la munificencia viceregia sino también de los derechos que percibía sobre los grados doctorales y otros títulos expedidos por las autoridades académicas. El personal de la capilla lo componían un sacristán mayor, un maestro de ceremonias, ocho capellanes y dos clérigos. Así mismo había un maestro de capilla bajo cuya dirección trabajaba un número importante de músicos y cantores. Por último no hay que olvidar que, en paralelo, la virreina disponía también de su propia casa y su Corte particular <sup>28</sup>.

En 1634, José Raneo, maestro de ceremonias de la casa viceregia dejó un interesante manuscrito relativo a la estructura, funciones de los oficiales y ceremonias de la Casa Real napolitana. Según su testimonio, los oficios que el virrey proveía para la Casa Real eran los de mayordomo, camarero mayor, aposentador mayor, camareros, pajes, lacayos, criados, mozos de cámara y estrado, guardarropa y ayudante de guardarropía, gentiles hombres de cámara, gentileshombres de capa, maestro de ceremonias, secretarios de guerra, justicia y cifra, escribanos y oficiales del escritorio, maestre de sala, medico, tesorero palatino, contador palatino, pagador palatino, capellán mayor y capellanes reales, maestro de capilla, músicos, capitanes de la guardia alemana, continos, caballerizo mayor, oficiales de recamara, cocina, botillería, despensa, repostería, alcalde de Parque y Casa Real, porteros de cámara y palacio. Como se ve la intervención del virrey es bastante amplia si bien quedan fuera de su designación directa, como ya señalamos, un número pequeño pero importante de oficios, los siete

<sup>28</sup> L. Bianchini, *Della Storia delle finanze del Regno di Napoli...*, pp. 324-325.

grandes oficios del reino (que tenían siempre acceso directo a la persona del virrey) eran ya honores hereditarios, por lo que sólo el secretario del reino, el ujier mayor, el tesorero general, el escribano de ración, el montero mayor y el correo mayor eran de provisión real, si bien a propuesta del virrey <sup>29</sup>. Si agregamos esta descripción a la síntesis que ofreció Bianchini de la organización de los oficios palatinos entre 1612 y 1692, observamos un cuadro bastante estable desde el virreinato de Lemos hasta la extinción del dominio de la Casa de Austria, detectándose bajo Felipe III, el cambio más significativo en el orden y el gasto de la real casa. Según sus datos, en 1612 los virreyes disponían de un sueldo de 29.000 ducados y unos gastos secretos de 50.000. Tras el virreinato de Osuna, cuyos gastos secretos se estimó que alcanzaron la suma desorbitante de 380.000 ducados en los años 1616 a 1619, se dispuso que el sueldo fuera de 38.000 y los gastos secretos de solo 24.000, autorizándose partidas por encima de esa cifra a demanda del virrey con el beneplácito del soberano, con el objeto de controlar su dispendio. Este gasto secreto no se utilizaba exactamente para espionaje o actividades *non sanctas*, como los llamados “fondos de reptiles” sino para sufragar la liberalidad viceregia, es decir para mantener un fasto propio de soberanos.

A diferencia de Nápoles, en Palermo, los virreyes disponían de un servicio más reducido y su espacio doméstico casi recordaba más a la “casa particular del virrey” que a una Casa Real propiamente dicha. Bajo la dinastía aragonesa, la vieja Casa Real normanda quedó muy disminuida pero no desapareció, la capilla real se mantuvo como centro neurálgico de los rituales cívicos y del ceremonial viceregio <sup>30</sup>. Sin embargo, tampoco creció al ritmo de cómo lo hiciera la Casa Real de Nápoles siendo mucho más acusada la característica situación de Casa Real sin rey que los virreyes trataron de subsanar adaptándola y ampliándola con medios indirectos. Por ejemplo, a finales del siglo XVI, los virreyes utilizaban una parte sustancial de los fondos destinados a mantener una de las dos guardias de palacio para sufragar los gastos de una capilla musical y proveer varias decenas de continos. Fue el virrey Marco Antonio Colonna quien introdujo esta práctica de desviar gastos asignados a las guardas para otros menesteres:

<sup>29</sup> J. Raneo, “Etiquetas de la Corte de Nápoles...”.

<sup>30</sup> J. Caraffa: *De Capela Regis Utriusque Siciliae et aliorum principis*, Roma 1749; algunos apuntes sobre las casas reales en A. Zucagni-Orlandini, *Corografia Storica Fisica delle Due Sicilie*, Firenze 1844, pp. 519-524.

Tampoco tiene el virrey músicos para su capilla, si bien el señor Marco Antonio los tenía muy buenos, pero los pagaba entre la caballería y la infantería y todo el gasto importaba más de ducientos ducados al mes; podría Su Excelencia procurar que Su Majestad se contentase desto porque el señor Marco Antonio no lo hacía de su voluntad que un virrey no puede estar sin una capilla de buenos músicos para la autoridad y gravedad de su cargo <sup>31</sup>.

No fue hasta el año 1599 cuando bajo el virrey Maqueda se ampliaron los oficios y se les dio un carácter más estable y estructurado. Los registros de los gastos de la casa y corte se conservan en la sección *Tesorería Antica* del Archivo di Stato di Palermo (6.000 volúmenes que abarcan de 1569 hasta 1825) y muestran el mantenimiento y continuidad de prácticas y oficios hasta las reformas de los soberanos de las Dos Sicilias que en el siglo XIX transformaron a los virreyes en un cargo con competencias administrativas, rebajando su característica manifestación de la realeza <sup>32</sup>. También en la isla los antiguos altos oficios palatinos se transformaron en dignidades vinculadas a los grandes linajes del reino <sup>33</sup>, pero esto no significa, como afirmara Koenigsberger, que “los siete oficios feudales no pasaban de ser ficciones ceremoniales vacías”. Si bien el ejercicio de las funciones del Mastro Giustiziero pasaron a su lugarteniente, del Gran Chambelán a los *mastri razionali*, el Mayordomo se redujo a puro honor y los de Gran Condestable y Gran Almirall incorporados al título viceregio, el Protonotario mantuvo íntegro el ejercicio de su cargo, porque era el depósito vivo del conocimiento de la liturgia del poder <sup>34</sup>. El protonotario del reino era, entre los grandes oficiales palatinos, el encargado de mantener la continuidad y la memoria del reino, registraba y mantenía los libros de ceremonias, vigilaba el cumplimiento de las etiquetas palatinas, dirimía los conflictos protocolarios y de precedencia,

<sup>31</sup> P. de Cisneros, *Relación de las cosas del reyno de Sicilia*, ed. de V. Sciuti Russi, Nápoles 1990, p. 30.

<sup>32</sup> Reformas de 1810 y 1812 que vaciaron de contenido político y simbólico a la institución viceregía, N. Maggiore, *Compendio della Storia di Sicilia*, Palermo 1840, p. 293. Para la casa de los virreyes algunos apuntes en P. Lanza (príncipe di Scordia), *Considerazione sulla Storia di Sicilia*, Palermo 1836, p. 42.

<sup>33</sup> A. Baviera Albanese, *Diritto pubblico e istituzione amministrative a Sicilia: Le fonti*, Roma 1981, p. 108.

<sup>34</sup> H. Koenigsberger, *La práctica del Imperio*, Madrid 1975, pp. 94-118.

era el máximo referente del orden interno de la república, su depositario y custodio <sup>35</sup>. Si bien no disponemos de estudios tan detallados como los que se han efectuado sobre el gasto público en Nápoles, podemos aventurar que los virreyes gozaron de amplia libertad para dotar los oficios menores de la casa, no así los de Protonotario, Secretario o Conservador que fueron de provisión real.

La mejor muestra del cambio operado en el paso del siglo XVI al XVII lo ofrece, como en Nápoles, la reforma del palacio real, efectuada para atender las necesidades de la corte viceregia. El palacio representaba un crisol de tradiciones que mantuvo viva la memoria de una Casa Real propia de origen normando. Restablecido como sede del poder real en 1553 por el virrey Juan de Vega <sup>36</sup>, en 1599 el duque de Maqueda –siguiendo las reformas iniciadas por Marco Antonio Colonna– efectuó la reestructuración de la casa mediante superposiciones, añadiendo elementos que completaran los vacíos que dejaban incompleta su planta. Del mismo modo se efectuó la reforma del palacio, combinando los elementos antiguos (la capilla palatina con sus mosaicos bizantinos que aludían directamente al origen de la monarquía siciliana) reordenándolos como complemento escénico del *cortile della fontana* y del *cortile Maqueda* (la reestructuración la concluiría el marqués de Villena en 1616 con la transformación de la fachada a un estilo acorde con la función de palacio real despojándola de su desorden gótico normando) <sup>37</sup>. Fue una transformación radical, españolizante; el *cortile* con sus tres galerías, recuerda bastante al que Fontana realizará posteriormente en el palacio real de Nápoles y, ambos, hay que decirlo, siguieron un programa espacial y representativo dictado por los virreyes españoles para caracterizar sus residencias al modo y manera del Alcázar de Madrid. A diferencia de lo que haría después Lemos, Maqueda no pretendió crear un nuevo palacio sino reformar el ya existente para satisfacer las nuevas necesidades cortesanas, creando patios y corredores, aptos para albergar

<sup>35</sup> E. Mazzaresse Fardella, L. Fatta del Bosco, *Ceremoniale di signori vicerè (1584-1668)*, Catania 1972 (Introducción).

<sup>36</sup> M.S. Di Fede, *Il palazzo Reale di Palermo tra XVI e XVII secolo (1535-1647)*, Palermo 2000.

<sup>37</sup> S. Giordano, *La capella palatine nel palazzo dei normanni*, Palermo 1987. Sobre el significado simbólico de la capilla palatina, G. Di Marzo, *Delle belle arti in Sicilia dai normanni sino alla fine del secolo XIV*, Palermo 1895, pp. 159-163.

a los negociantes y dotar a su corte de una escenografía adecuada, un lugar de encuentro de gobernantes y gobernados <sup>38</sup>.

En Milán, la casa ducal creada por los Visconti y reformada bajo los Sforza también mantuvo sus oficios y estructura, actuando los gobernadores como “vice duques”. Por tanto encontramos paralelismos con Nápoles y Sicilia pudiendo verificarse una continuidad en el tiempo de los gobernadores españoles, aunque solo conocemos con detalle la evolución de la capilla. Según los estudios de Christine S. Getz todo parece indicar que hubo un proceso similar a los ya señalados, pues la casa de los gobernadores se rigió por las ordenanzas visconteas <sup>39</sup>.

La Casa Real portuguesa sufrió avatares y circunstancias que detalla Félix Labrador en un estudio muy profundo. También Portugal desarrolló sus ordenanzas y su propio modo de servicio bajo los reyes de la Casa de Avis y éste se mantuvo bajo los Austrias <sup>40</sup>. Felipe III quiso mantener su continuidad, pero quizá la cercanía de Madrid llevó a la nobleza portuguesa a menospreciar los oficios palatinos y a considerar la corte de Lisboa una “Corte de Aldea” <sup>41</sup>.

Los estudios sobre esta problemática son muy escasos en lo que se refiere a las Indias, más bien hay apuntes y la constatación de una realidad parecida a la europea, y poco más <sup>42</sup>. En América los virreyes se mantuvieron en una

<sup>38</sup> F. Abbate, *Storia dell'Arte Meridionale. Il Cinquecento*, Roma 2001, pp. 130-138; A. Zalapi, *Palazzi of Sicily*, Colonia 2000, pp. 28-44.

<sup>39</sup> C. Suzanne Getz, *Music in the Collective Experience in Sixteenth Century Milan*, Aldershot 2005, pp. 31-78.

<sup>40</sup> Para la Casa Real portuguesa y su adaptación tras la unión de las coronas véase F. Labrador, “La Casa Real portuguesa en tiempos de Felipe I (1581-1598)”, en J. Martínez Millán y S. Fernández Conti (eds.), *La Monarquía de Felipe II: La casa del rey*, Madrid 2005, I, pp. 820-945.

<sup>41</sup> F. Labrador, *La Casa Real de Portugal durante los reinados de Felipe II y Felipe III*, Madrid 2007.

<sup>42</sup> C. Buschges, “La Corte virreinal en la América Hispánica durante la época colonial (período Habsburgo)”, *Actas do XII Congresso Internacional de la Associação de Historiadores Latinoamericanistas Europeus (Porto 21 a 25 setembro de 1999)*, Porto 2001, II, pp. 131-140; A. Cañeque, “Cultura viceregia y estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la Historia Política de la Nueva España”, *Historia Mexicana* LI (2001), pp. 5-57; H. Pietschmann, “La Corte virreinal de México en el siglo XVII en sus dimensiones jurídico-institucionales, sociales y culturales: aproximación al estado de la investigación”, en M. Boss, B. Potthast-Jutkeit y A. Stoll, *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico*, Kassel 1999, II, pp. 481-499.

posición intermedia entre persona real y oficial real y esto se proyecta en sus casas que son más casas particulares que reales. Sin embargo, la divisoria entre lo particular del virrey y lo privativo de la Corona se mantuvo en límites inciertos, borrosos. Felipe II, en la instrucción al conde de Monterrey, enviado a Nueva España, en 1595, se vio obligado a precisar: “En el guión que trajereis como virrey, traeréis mis armas y no otras algunas” <sup>43</sup>. En la instrucción que el presidente Pablo de Laguna escribió al marqués de Montesclaros (14 de enero de 1603), la casa ocupaba un lugar central en el virreinato, a renglón seguido de la propia persona viceregia. El virrey debía atender tres apartados al formar su casa (criados, ornato y comida), debía ser consciente de que desde el momento en que era nombrado ya no era sólo cabeza de su casa y familia sino de un espacio doméstico que, del mismo modo en que él se transformaba en persona real, se metamorfoseaba emulando la dignidad de una auténtica Casa Real:

qué cosa es criado del virrey de la Nueva España: Criado del virrey de México es lo propio que su señor en España, porque en aquella tierra no hay más rey que el virrey y los condes y marqueses son sus criados y los oficiales reales y los grandes son los oidores, alcaldes de Corte, etc. <sup>44</sup>.

Así, la selección de los criados debía contemplar a unos sujetos adornados de virtudes semejantes a las que ponderara Castiglione para los cortesanos: lealtad, honradez, discreción, prudencia, etc. El ornato constituía un segundo asunto que requería tomarse con cuidado, Laguna situaba en este apartado la estructura y composición de la casa, prestando atención a los diversos servicios pero sin nombrarlos, furrelería, guardarropía, caballeriza... subrayando por ejemplo que se precisaban al menos cuatro coches (uno para el virrey, otro para la virreina, dos para criados y criadas) para cumplir con dignidad el papel representativo de persona real <sup>45</sup>. También de forma muy laxa se refiere al número de personas a su servicio, cuatro esclavas negras, dos esclavos negros, ocho indios, dos lacayos españoles “pajes y gentileshombres y oficiales los que

<sup>43</sup> L. Hanke, *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria: México*, 5 vols., BAE 273 a 277, Madrid 1976-1978, II, p. 141, punto 46.

<sup>44</sup> “Instrucción dada al marqués de Montesclaros por Pablo de Laguna presidente del Consejo de Indias”, 14 de enero de 1603, L. Hanke, *Los virreyes españoles... México*, II, pp. 267-272

<sup>45</sup> Los coches confieren al virrey una dignidad regia, en España la imagen del poder estuvo vinculada a la caballeriza y los coches del rey, A. López Álvarez, *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700*, Madrid 2007, pp. 95-135.

pareciere” y por último una guardia de alabarderos cuyo capitán recomienda sea hijo de algún señor local. El tercer apartado, la comida, se refiere al orden de la mesa motivo central del ritual cotidiano de la Corte mexicana <sup>46</sup>. La importancia dada a este asunto nos presenta la casa virreinal como un espacio nutriente (“la comida en la Nueva España cuesta poco, y al virrey menos”), donde acuden a comer habitualmente los miembros de la alta sociedad, la mesa del virrey se situaba en una sala donde comía solo o con deudos muy cercanos o personas a las que hacía un honor particular, en la antesala se situaba una “mesa de estado” para deudos, amigos y personas de respeto, en el tinelo comían el mayordomo mayor, los oficiales mayores, los gentileshombres y pajes.

Cuando el virrey comiere en público han de dejar entrar a todos los que le quisieren ver comer, como sea gente honrada; y cuando no comiere en público no han de faltar de la mesa los gentileshombres y criados arrimados por su orden, sin que estorben a los oficiales y pajes <sup>47</sup>.

Virreina, damas, dueñas y demás mujeres de la casa si bien en el texto no se explica su función se indica de pasada que formaban un espacio paralelo, de naturaleza femenina.

La casa personal del virrey se elevaba a la categoría de casa contigua a la real desde el momento en que pisaba los reales alcázares de Sevilla para esperar a embarcar en la flota <sup>48</sup>. Desde España quedaba así marcada esa posición indefinida que señalamos más arriba, entre casa personal y Casa Real, pero sin ser ninguna de las dos cosas completamente. Situación que obligaba también a que se tuviera cuidado en la provisión de oficios pues se corría el riesgo de que no funcionara la corte como lugar de encuentro entre gobernante y gobernados, de manera que por real cédula de 12 de diciembre de 1619 se prohibió a los virreyes dar oficios a sus parientes y criados de la casa para no agraviar a los naturales, pues era función del buen gobernante dar mercedes y atender a los beneméritos del país. Al igual que en México, en Lima nos encontramos los oficios habituales de mayordomo, camarero, gentileshombres, secretario, confesor,

<sup>46</sup> L. Hanke, *Los virreyes españoles... México*, II, pp. 267-272.

<sup>47</sup> L. Hanke, *Los virreyes españoles... México*, II, p. 272.

<sup>48</sup> Esta transformación preocupó al virrey Francisco de Toledo quien escribió unas instrucciones a los miembros de su casa para que se adaptasen a esa nueva realidad, “Instrucción que dio don Francisco de Toledo, virrey de Perú, a sus criados sobre la conducta que debían observar en aquellas partes”, L. Hanke, *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria: Perú*, 7 vols., BAE 280-286, Madrid 1978-1980, I, pp. 117-122.



capellán, etc., si bien aún disponemos de pocos estudios parece que se apuntan modos muy similares a los que observamos en los palacios italianos <sup>49</sup>.

México y Lima, fueron con toda propiedad verdadero reflejo de Madrid, centros urbanos configurados como cabezas y centros políticos de los reinos, como lo fueron Nápoles o Palermo. La construcción de la ciudad de México sobre el solar de la antigua ciudad indígena permitió inscribir en ella la antigüedad mítica que en Europa se concedía a las capitales (cuyas fundaciones también eran paganas) agregando la renovación cristiana que vino de la mano de la conquista. La superposición sobre lo “pagano” quedó registrada en la construcción del palacio real edificado sobre el antiguo palacio de Moctezuma, un palacio y Casa Real que Bernal Díaz del Castillo describió con profusión de detalles, mostrando en la corte azteca, palacios, dependencias y servicio, enfatizando un rasgo de civilización que aproximaba la realidad mexicana al imaginario político y social castellano. Como antigua sede de un Imperio y cabeza de la Nueva España, México se denominó corte y la residencia del virrey “Real Palacio Católico” <sup>50</sup>.

Muy diferente es el caso de los lugares donde la ausencia de los reyes implicó al mismo tiempo la ausencia de la Casa Real. Esto ocurrió en la Corona de Aragón pues la Casa Real de Aragón residió con el rey, del mismo modo que lo hicieran las casas de Castilla y Borgoña. Así pues, en estos territorios la corte del virrey tuvo, lógicamente, un rango vinculado al de la persona que ostentaba el cargo si bien no disponía de la capacidad de emplear los recursos de dignidad y honor inherentes a los altos oficios palatinos que las tradiciones angevina, normanda, viscontea o portuguesa podrían transferir. En Aragón, Cataluña y Valencia las cortes viceregadas parecen bastante limitadas y las casas

<sup>49</sup> N.R. Porro Girardi, “La inmigración de criados y acompañantes”, *Historia de España dirigida por Menéndez Pidal*, Madrid 1999, XXVII, pp. 417-453; P. Latassa Vasallo, “La Corte virreinal peruana: perspectivas de análisis”, en F. Barrios (coord.), *El gobierno de un mundo. Virreinos y audiencias en la América Hispánica*, Cuenca 2004, pp. 341-373.

<sup>50</sup> T. Barrera, “Entre la realidad y la exaltación: Bernardo de Balbuena y su visión de la capital mexicana”, en C.A. González y E. Vila Vilar, *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México 2003, pp. 355-364; G. Tovar de la Dehesa, *El pegaso o el mundo barroco novohispano en el siglo XVII*, Sevilla 2006, pp. 75-108. Estas cuestiones fueron abordadas a la manera de cuadros costumbristas en obras ya clásicas como las de A. Valle Arizpe, *Virreyes y virreinas de la Nueva España*, México 2000, o I. Leonard, *Baroque Times in old Mexico*, Michigan 1959.

de los virreyes no se asimilan de ningún modo a la real (salvo cuando los titulares son de sangre real). Mallorca y Cerdeña representan los virreinos más inferiores cuyos virreyes son miembros de la pequeña nobleza y cuyas cortes tuvieron un volumen raquítico y una proyección social muy débil. Tengo la impresión de que esta realidad no sólo no ha sido atendida por los historiadores sino que tampoco se ha estimado el impacto de la ausencia permanente del rey causó en la integración de estos reinos al no cumplir las casas vicereñas una función estable de *alter domus*. Cuestiones como el famoso pleito del virrey extranjero, deben ser reexaminadas desde esta perspectiva pues la ausencia de la Casa Real o la ausencia de virreyes de sangre real confirió a la corte vicereña de Zaragoza un cariz de imperfección, percibiéndose a los virreyes posteriores a don Hernando de Aragón más como simples oficiales del rey que como personas reales. Por otra parte, a diferencia de lo que ocurría en los reinos italianos o en Navarra, donde los virreyes convocaban y presidían Cortes y Parlamentos, en la Corona de Aragón nunca se delegó esta función en los virreyes, se mantuvo viva la idea de una ausencia accidental, siempre se esperaba el retorno del rey acompañado de sus oficiales de la Casa Real para vivir en cada reino, presidir sus reuniones de cortes y administrar personalmente su gracia. Podemos concluir por consiguiente que lo que distinguía al centro de la periferia no era la geografía, sino la calidad del *prorreg*, su casa y su corte, el rango del territorio quedaba marcado por el rango del virrey y viceversa, ni era admisible para un grande ser nombrado virrey de Navarra ni un simple caballero virrey de Nápoles, existía una jerarquía interna, que no coincidía exactamente con la expresada al enunciarse los títulos del soberano, en Portugal, Nápoles, Sicilia o Milán, donde no hubo ni traslación de la Casa Real y ducal fuera del territorio (como en los reinos de la Corona de Aragón) ni se confirió a los *prorreges* un status ambiguo entre oficial y persona real (como en América) se desarrollaron auténticas cortes que en poco se diferenciaban de las de los príncipes soberanos.

## 2. *El poder de las virreinas: El circuito femenino del poder vicereño*

Si las casas y cortes vicereñas son todavía un territorio casi virgen para los historiadores, las de las virreinas ofrecen aún el misterio de lo desconocido. Bianchini, en su estudio sobre el gasto público en el Reino de Nápoles, indicó vagamente que los gastos de la casa y corte de los virreyes eran sólo parte de un

total en el que no podía olvidarse “*che la viceregina avea anche la sua Corte*”<sup>51</sup>. En las crónicas y en la documentación aflora eventualmente este espacio social y político, que parece concordar con lo que Alessandra Contini denomina como “*una regalità al femminile*” desvelando la centralidad, que no marginalidad, del papel de las reinas y las mujeres de sangre real en la circulación del poder y las dinámicas de gobierno<sup>52</sup>. Ciertamente el papel reservado a hombres y mujeres en la sociedad del Antiguo Régimen era complementario y asimétrico. Algunos historiadores e historiadoras han descrito las cortes femeninas como lugares donde se vertebraba la oposición política, lugares donde hallaban amparo corrientes que disentían con el discurso oficial del poder, configurándose como contrapoder<sup>53</sup>. Intentaré mostrar que más que como contrapoder, las cortes femeninas funcionaban en “otra” centralidad, ajena y aneja a la que representan las masculinas.

La corte de las virreinas fue percibida como espejo de la de las reinas. Cada una, en su ámbito, constituía el eje de un verdadero sistema cultural y religioso, una sección autónoma respecto a la de sus maridos. Reinas y virreinas cubrían vacíos, omisiones y huecos que facilitaban vías alternativas de acceso al poder o a la eminencia social para personas, grupos o corporaciones excluidos o incomunicados con el círculo de la casa y corte de virreyes y soberanos. Las cortes femeninas formaban un rico universo de presencias, eran lugares esenciales de comunicación e intermediación y sus cabezas actrices del poder. Ejercían un papel tutelar sobre grupos y facciones, protegían y promocionaban sensibilidades, ideas, corrientes espirituales, y centralizaban un universo femenino no menos rico que el masculino.

La atención despertada en México por la singularidad de sor Juana Inés de la Cruz ha abierto una vía de aproximación a este mundo. El debate sobre su figura ha pasado desde la consideración de un universo femenino cerrado y

<sup>51</sup> L. Bianchini, *Della Storia delle finanze del Regno di Napoli...*, p. 325.

<sup>52</sup> A. Contini “Spazi femminile e costruzione di un’identità dinastica. Il caso di Leonora di Toledo duchessa di Firenze”, en C. Dipper, M. Rosa (eds.), *La società de i principi*, Bologna 2005, pp. 295-320

<sup>53</sup> M. Sánchez, *The Empress, the Queen and the Nun. Women and power at the Court of Phillip III of Spain*, Baltimore-Londres 1998, pp. 172-179; L. Oliván, *Mariana de Austria: Imagen, poder y diplomacia de una reina cortesana*, Madrid 2006, pp. 131-138; M. Llorente, “Imagen y autoridad en una regencia: los retratos de Mariana de Austria y los límites del poder”, *Studia Historica* 28 (Salamanca 2006), pp. 211-238.

descontextualizado, donde las relaciones entre la escritora y la condesa de Paredes han rozado la *Queer History* o se han utilizado para resaltar la marginalidad de un universo femenino reprimido en la sociedad patriarcal, hacia nuevas vías de análisis que conducen a la comprensión de la clausura femenina en el circuito áulico de las virreinas<sup>54</sup>. La relación de sor Juana con sus protectoras, la condesa de Paredes y la marquesa de Mancera no hizo de ellas dos virreinas excepcionales ni a ella una monja extraordinaria (si miramos fuera de la calidad de su poesía). En un interesante estudio sobre la reforma teresiana en la Nueva España escrito por el historiador mexicano Ramos Medina, observamos que dichas mujeres ilustran la persistencia de un modelo anterior y posterior a ellas. En 1612, la marquesa de Guadalcázar introdujo la regla de Santa Teresa e implantó la orden del Carmelo escogiendo personalmente las monjas que habrían de profesar en el convento, diseñó los hábitos y fue asesorada por la carmelita toledana Inés de la Cruz a la que invitó a establecerse en la Nueva España. Se dice que la virreina hacía de priora y que su participación iba más allá de lo que se entendería como devoción, ejercía el gobierno del mundo religioso femenino. La relación de sor Inés con ella fue muy intensa, como también lo fue con la hipersensible marquesa de Cerralbo (1624-1635), que preparó para la religiosa unas impresionantes exequias cuando falleció. La marquesa no sólo puso todo su empeño en el triunfo de la descalcez carmelitana, sino que todos los monasterios femeninos se honraban con sus continuas visitas y la vigilancia de la virreina. Pero esto no era tampoco nada nuevo, la visita a los conventos formaba parte de la agenda diaria de las virreinas, y este recorrido no sólo era propio a la rutina de su corte, pues dicha actividad era un nodo importante de su vida social, una red de información, intercambio, comunicación y negociación. Ahí se generaban corrientes de ideas espirituales, devocionales, estéticas y, también, políticas. Por tal motivo, la marquesa de Cerralbo protagonizó incidentes con los arzobispos metropolitanos, y no fue la única. La corte arzobispal estaba siempre en guardia vigilando que la intervención de las virreinas no trascendiese

<sup>54</sup> D. Danna, *Amiche, compagne, amanti. Storia del amore tra donne*, Trento 2003, pp. 145-147. Desde una perspectiva más académica, el entorno femenino de sor Juana ha sido descrito por A. Alatorre y M.L. Tenorio, “Una enfermedad contagiosa: Los fantaseos sobre sor Juana”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 46 (México 1998) pp. 105-121; G. Sabat de Rivers, “Mujeres nobles del entorno de sor Juana”, en Sara Poot-Herrera (ed.), *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando (Actas del homenaje a Sor Juana celebrado en México en noviembre de 1991)*, Mexico 1993, pp. 1-19.

al terreno jurisdiccional, menoscabando la autoridad eclesiástica. Virreinas como la condesa de Salvatierra (1642-48) o la duquesa de Albuquerque (1653-1660) protagonizaron agrios enfrentamientos derivados del control sobre los conventos de monjas, por el papel que se les confería en la vida social novohispana (con bailes y representaciones teatrales) o por la libertad con la que las virreinas y sus séquitos violaban la clausura entrando y saliendo sin la prescriptiva autorización eclesiástica <sup>55</sup>. Los problemas de jerarquía y autoridad resultantes de mezclarse en el séquito de las virreinas damas y monjas fue visible no sólo en tierras mexicanas, también en Perú y Nápoles, sin ir más lejos <sup>56</sup>.

Los trabajos de Helen Hills sobre los circuitos del poder femenino en Palermo y Nápoles ilustran sobre el carácter fundamental de las monjas de clausura en la configuración del poder de las virreinas <sup>57</sup>. Las monjas no estaban tan aisladas como muchas veces se presupone, adquirirían viñas, inmuebles, joyas... invertían su dinero, pues muchas de ellas, las pertenecientes a la alta aristocracia o a familias ricas, disponían de ingresos regulares (*vitalizio*) y naturalmente gastaban en el esplendor de los templos, las habitaciones y las estancias de sus conventos, en el mecenazgo, el patrocinio de devociones, corrientes espirituales y de opinión, generando —en definitiva— pequeñas cortes claustrales. La competencia y rivalidad entre conventos, asociada a las diferencias entre órdenes, también se vinculó a facciones y banderías políticas y sociales, determinadas casas estuvieron enlazadas con determinadas órdenes y/o conventos. Estos centros tuvieron una innegable influencia sociopolítica, como bien advirtió Octavio Paz, por hallarse en un lugar de intersección entre diversos polos, el palacio arzobispal y el palacio virreinal eran los más visibles, pero también había otros muchos <sup>58</sup>.

<sup>55</sup> M. Ramos Medina: *Imagen de santidad en un mundo profano*, México 1990, pp. 88-92.

<sup>56</sup> E. Novi-Chavarria, *Monache e gentildonne. Un labile confine. Poteri politici e identità religiose nei monasteri napoletani (sec. XVI-XVII)*, Milán 2001; L.M. Glave, “Santa Rosa de Lima y sus espinas: la emergencia de mentalidades urbanas de crisis y la sociedad andina (1600-1630)”, en C. García (ed.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México 1997, pp. 109-128, y E. van Deusen, “Instituciones religiosas y seglares para mujeres en el siglo XVII en Lima”, *ibídem*, pp. 207-231.

<sup>57</sup> H. Hills, “Cities and Virgins: Female Aristocratic Convents in Early Modern Naples and Palermo”, *Oxford Art Journal*, 22, 1 (Oxford 1999), pp. 31-54.

<sup>58</sup> O. Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Barcelona 1982, pp. 68-86.

Los conventos se hallaban inscritos en una yuxtaposición de ámbitos distintos, la orden a la que pertenecían, el grupo social o corporativo al que estaban vinculados (nobles, criollas, nobles indias, españolas, *seggi*, etc...), las autoridades eclesiásticas de las que dependían, de la ciudad donde se hallaban, del territorio y sus familias notables, del séquito y corte de los virreyes... Dentro de un denso bosque de jurisdicciones, los conventos femeninos constituían pequeñas e influyentes comunidades políticas (“pequeñas repúblicas” las denomina Paz). Parece innegable la existencia de vasos comunicantes entre devoción y poder, la virreina marquesa de Cerralbo en su empeño por afianzar la reforma descalza en México siguió pautas semejantes a las que impulsaron a Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, para promover la introducción de la orden carmelita en Flandes. Su empeño por mantener una comunicación entre el palacio y el convento, sus lazos estrechos con la monja fundadora y la creación de conventos reformados por la acción conjunta de la señora y la monja nos suenan como un motivo que se repite. Sor Ana de Jesús, reformadora incansable, discípula de Teresa de Jesús, confidente de la archiduquesa y defensora de la tregua de los Países Bajos, tuvo su gran rival en Ana de San Bartolomé, opuesta a hacer la paz con herejes, asociada a los partidarios de una política más inflexible situados en la oposición al gobierno de Bruselas <sup>59</sup>. En Nápoles, la virreina Catalina de Sandoval, condesa de Lemos, favoreció y protegió al círculo de devotos que formó la monja franciscana sor Giulia de Marco da Sepino. En 1614, hubo motines y disturbios porque a instancias del nuncio se abrió proceso (por “mal uso de la mística”) a la franciscana y sus seguidores. No parece claro que tras este grupo de devoción hubiese un movimiento herético, más bien trasluce el enfrentamiento político o faccional existente detrás de las polémicas espirituales. Sor Giulia estaba protegida por Fulvio di Costanzo, marqués de Corletto, regente del Consejo Colateral, Don Alfonso Suárez lugarteniente de la Regia Camera, la Compañía de Jesús y un grupo importante de damas y señores de la casa y corte de la virreina, con la condesa de Lemos a la cabeza. Fueron los teatinos, el Santo Oficio romano y el inquisidor del reino, el obispo de

<sup>59</sup> C. Torres Sánchez, *Ana de Jesús (1545-1621)*, Madrid 1999, pp. 24-41. En la carta por la que la gobernadora pide a Ana de Jesús que vaya a fundar en Bruselas flota la imagen de la comunicación del palacio real de Madrid y las Descalzas Reales:

el sitio que tengo para el monasterio es junto a nuestra casa, que es lo que yo he pretendido siempre, para que se nos pegue algo de lo bueno que tendréis en la vuestra... De Bruselas, día de Santo Domingo 1606 (Ibidem, pp. 61-62).

Nocera, quienes denunciaron “*infami congiungimenti d’uomini e donne*”. Por último, el virrey hubo de intervenir conminando a su mujer a cesar en la protección y práctica de semejante devoción. En aquel suceso se confrontaron diversos planos de la lucha política partenopea, la oposición entre órdenes religiosas (jesuitas y teatinos), entre las familias de la magistratura, entre el círculo del virrey y la virreina, entre la corte de Madrid y la de Roma...<sup>60</sup>. Sucesos como este recuerdan a otros de naturaleza parecida que tuvieron lugar en otros puntos de la Monarquía, como fue el caso de santa Rosa de Lima y las disputas entre franciscanos y jesuitas en el Perú<sup>61</sup>.

La importancia de los círculos de devotos articulados por el magisterio de una monja situada bajo la protección de altos personajes, virreyes y virreinas, nobles, magistrados, miembros de la familia real e incluso los propios soberanos tiene que ver con la capacidad de los locutorios para convertirse en centros generadores y transmisores de opinión. De ahí su inserción en los círculos del poder y la violencia con que trascendían las disputas de los claustros en el conjunto de la sociedad. Pero además no se trata de algo marginal o situado en los aledaños del poder. Lo señala Michel de Certeau, la devoción, o más bien las devociones particulares, era siempre manifestación de una sensibilidad política. Adoptar una práctica devota es también un signo de identidad, de toma de partido, por lo que las conductas espirituales se asocian a otras estrategias, anhelos e ideas. Es decir, cada grupo se define a sí mismo y produce sus categorías de corrección espiritual, moral y política<sup>62</sup>.

Sería desviarnos de nuestro tema entrar en la Historia de las devociones del siglo XVII pero no cabe duda de que las virreinas manifiestan aquí uno de sus instrumentos más visibles de influencia y poder. Ahora bien. Normalmente, la influencia de la Corte de la virreina discurría a la sombra de la del virrey, la complementaba. A veces, se rompía esta armonía y cada una se transmutaba en foro de una facción o partido. No era una ruptura propiamente dicha, sino un juego que canalizaba tensiones y marcaba los límites de los conflictos en un espacio controlado. En el caso de la condesa de Lemos y sor Giulia, no sería correcto

<sup>60</sup> P. Giannone, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Nápoles 1841, XI, pp. 254-257. Vide G. Galasso, *Il Regno di Napoli: Il mezzogiorno spagnolo (1494-1622)*, *Storia d'Italia* diretto da G. Galasso, Torino 2005, XV, pp. 977-978, y E. Novi-Chavarria, *Monache e gentildonne...*, pp. 161-189.

<sup>61</sup> L.M. Glave, “Santa Rosa de Lima y sus espinas...”, pp. 109-128.

<sup>62</sup> M. De Certeau, *La fábula mística*, Madrid 2006, pp. 26-30.

interpretar el incidente como manifestación de una rivalidad entre marido y mujer, una oposición política en donde la corte femenina actúa como contrapoder, sino un ámbito de intercambios y de negociación, un juego de transacciones con diversos actores y representaciones. No se puede afirmar, a partir de este ejemplo, que la última palabra, la preeminencia, quedara en manos del varón, ni que el contencioso se resolviera (como indicara Giannone) en el momento en el que el conde llamara al orden a la condesa. Hay contraejemplos que muestran lo contrario como es el éxito de las doctrinas de sor Orsola de Benincasa auspiciada por la misma condesa de Lemos<sup>63</sup> y los ya referidos de Inés de la Cruz en México, santa Rosa en Lima o Ana de Jesús en Bruselas.

La influencia política de la virreina no se reducía solo a este ámbito. Quizá no sea tan visible en otros, pero aflora en múltiples ocasiones. Sirva como ejemplo una observación de Parrino respecto a la reforma de los oficios de Nápoles efectuada por el Almirante de Castilla en 1644, aparentemente satisfizo la necesidad de reducir el gasto público pero en realidad encubrió la liberación de oficios y rentas que pronto cayeron en manos de los parientes de la virreina y los miembros de su casa “*in quel tempo molto potenti in palagio*”<sup>64</sup>.

La casa y corte de la virreina podía ser “molto potente” y orientar la vida política del territorio. La metáfora lunar, empleada para describir la función de las soberanas se ajusta también a la de sus espejos vicesoberanos<sup>65</sup>. La función de la virreina se daba por descontada, se infería de su modelo y no trasciende en instrucciones y ordenanzas, donde raramente se la menciona. Pero este silencio contrasta con el cuidado con el que se fija su presencia en la representación pública de la autoridad viceregia. Observamos que su presencia se materializa y toma perfiles definidos en ritos y ceremonias. Es más, los virreyes solteros, viudos o eclesiásticos se considerarán menos capacitados por carecer de un instrumento fundamental de mediación. En Nápoles, la entrada de

<sup>63</sup> P.L. Rovito, *Il viceregno spagnolo di Napoli*, Nápoles 2003, pp. 446-447.

<sup>64</sup> D.A. Parrino, *Teatro eroico e político de' governi de' vicerè del Regno di Napoli dal tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente*, Nápoles 1770, II, p. 62.

<sup>65</sup> V. Míguez, “La metáfora lunar: La imagen de la reina en la emblemática española”, *Millars: Espai i Història*, XVI (Castellón 1993), pp. 29-47; E. Montaner, “The Last Tribute to Isabella of Bourbon at Salamanca”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 60 (Londres 1997), pp. 164-193; S. Orso, “Praising the Queen: The Decorations at the Royal Exequies for Isabella of Bourbon”, *The Art Bulletin*, 72, 1 (Nueva York, marzo 1990), pp. 51-73.



un virrey casado requiere un despliegue indicativo de que es éste el estado óptimo para un *prorregue*, pues es importante que haya virreina. Si el virrey viniera con virreina, éste deberá acompañar a todas las personalidades que acudan a visitarlo al cuarto de la virreina, donde se concluyen los rituales de mutuo reconocimiento entre autoridades. El virrey saliente debe visitar al virrey entrante y conversar con él con la nueva virreina entre los dos. Los embajadores y nuncio después de presentar sus respetos al nuevo virrey se dirigen a los aposentos de la virreina y en su cámara se repite la misma ceremonia habida ante su marido. La virreina entra en carroza y el virrey a su lado a caballo, la acompañarán las señoras más principales, simbolizando la unión de la corona con la nobleza napolitana. Por último, al llegar a Nápoles y entrar en palacio, el virrey va a su cuarto y la virreina al suyo, acompañada de todas las damas, devolviendo a las estancias palatinas a un estado de normalidad y continuidad (revitalizando una duplicidad de espacios que equivalen a la doble articulación del palacio real de Madrid alrededor del patio del rey y el patio de la reina) <sup>66</sup>.

Las carrozas se introdujeron como soporte del espacio femenino. También los virreyes de Sicilia y los caballeros cabalgaban en monturas lujosamente enjaezadas para los actos públicos, mientras la virreina y las damas de la nobleza lo hacían en carrozas. En 1551 durante los fastos de la boda de la hija del virrey Juan de Vega con el duque de Bivona sólo había tres carrozas en Palermo en las que se recogieron la virreina y sus damas, según parece muchas señoras principales del reino hubieron de montar en hacaneas desluciendo su posición. En 1568, la virreina Isabel Gonzaga hizo su entrada en Palermo con 12 carrozas <sup>67</sup>. El dato ejemplifica la importancia creciente de este medio de transporte y ostentación, pero también da cuenta del crecimiento en personal y fasto de la corte de la virreina de Sicilia.

En las entradas solemnes, en los actos conmemorativos, solemnidades religiosas, exequias reales, nacimientos de infantes y príncipes o en fiestas religiosas tan señaladas como el *Corpus Domine*, que expresaba la alianza monarquía-pueblo <sup>68</sup>, la virreina ocupaba un lugar central. También en otros momentos no tan

<sup>66</sup> *Entrada de un virrey de Nápoles (Anónimo del siglo XVII)*, CODOIN XXIII, pp. 554-569.

<sup>67</sup> R. De Gregorio, *Discorsi intorno alla Sicilia*, Palermo 1821, I, pp. 102-105.

<sup>68</sup> M.A. Visceglia, *Identità sociali. La nobiltà napoletana nella prima età moderna*, Milán 1998, pp. 173-205.

solemnes, pero públicos, la virreina tenía un papel social. El licenciado Pablo Laguna, en las recomendaciones que escribió para el marqués de Montesclaros en 1603, señaló la posición que debía mantener el virrey de la Nueva España respecto a la sociedad femenina, sobre todo en los momentos en que se mezclaban hombres y mujeres en el espacio público. Cuando la corte iba a Chapultepec, el virrey debía ir siempre acompañado de la virreina, la razón que da Laguna es que:

por ninguna vía ni camino se le ha de entender ningún género de materia de mujeres porque es el mayor fundamento en aquella tierra para que no se le pierda el respeto en presencia ni en ausencia <sup>69</sup>.

Hay una separación de los sexos y unas vías claras de comunicación intermediada:

La virreina ha de ser afable con las mujeres principales de la ciudad, hermanándolas y tratándolas con todo el buen término que pudiere, mostrándoles mucha amistad a cada una conforme su calidad, de tal manera que todas salgan contentas y diciendo bien. No ha de recibir nada de nadie ni encargarse de cosa que no fuera muy justificada. No ha de visitar a nadie y con todo género de hombres ha de ser sumamente grave <sup>70</sup>.

3. Vostra eccellenza è Viceregina delle Signore, ed io sono Viceregina delle Popolane:

*Mediación y composición discreta del orden*

El papel conferido en ceremonias o encuentros en público no era algo simbólico y vacío de contenido, la virreina publicitaba su naturaleza de poder definido por “relaciones discretas”, fundado en lazos que en situaciones de crisis se activaban como un seguro que mantenía viva la comunicación entre los diversos actores sociales y políticos. Un mecanismo que en última instancia era capaz de salvar el orden. Ramón Rubí de Marimón, al recordar los trágicos sucesos de Cataluña en el verano de 1640, cifró su esperanza de solución en la duquesa de Cardona, viuda del virrey fallecido el 22 de julio de 1640. Erró en su apreciación pero su papel de intermediaria capaz de concitar la negociación

<sup>69</sup> L. Hanke, *Los virreyes españoles... México*, II p. 268.

<sup>70</sup> *Ibidem*, pp. 269–270.

permitió mantener abierta una vía para reincorporar a las corporaciones y personalidades catalanas a la lealtad a Felipe IV <sup>71</sup>.

En Nápoles, también se intentó la reconstrucción del orden –al comienzo de la revuelta– por la vía femenina. La virreina, duquesa de Arcos, y su corte jugaron un papel mediador que ha sido señalado como uno de los momentos simbólicos más importantes del apaciguamiento inicial de la revuelta de Massaniello. Siguiendo el relato del cronista, Tommaso de Santis (que será reproducido en historias y crónicas posteriores) se describe el retorno a la calma después de los acontecimientos del 17 de julio de 1647 como fruto de una serie de encuentros ritualizados de reconocimiento y aceptación, de identificación de autoridad y estatus, de asignación del lugar político correspondiente a cada estado de la sociedad napolitana <sup>72</sup>. Cuando Massaniello embarcó en Santa Lucía para ir a Posilipo, la virreina organizó en palacio una entrevista con su esposa. La intención era ir creando, por medio de las mujeres, una vía de comunicación entre el *statu quo ante* y la nueva realidad naciente. El diálogo entre la esposa del revolucionario y la virreina muestra las claves de ese acercamiento y como se hilvanan los rudimentos de un nuevo orden. La decisión del tratamiento que debía darse a la mujer y su séquito fue objeto de un análisis muy detallado entre la virreina y las personas de su confianza. Se envió la propia carroza de la virreina para recoger a “la Massanella” y su séquito para trasladarlas a palacio (con un simbolismo muy claro para sus contemporáneos), donde fueron recibidas en palacio por el capitán de la guardia y el caballerizo del virrey. Fueron llevadas a la cámara de la duquesa de Arcos donde ésta esperaba rodeada de sus damas. Los dos séquitos quedaron confrontados, las mujeres que acompañaban a la Massanella con la cabeza descubierta, no se les indicó que se cubrieran. Mientras las mujeres del pueblo se mostraban cohibidas e inseguras, las damas de la virreina se hallaban seguras en su terreno. La duquesa de Arcos se adelantó y abrazó a la mujer del jefe revolucionario diciendo: *Sea V. S. Illustrissima muy bien venida*. La historiografía decimonónica insistió en los rasgos grotescos de este encuentro, del contraste entre los dos séquitos, abigarrado y bárbaro el

<sup>71</sup> R. de Rubí de Marimón, “Relación del lebantamiento de Cataluña”, *Cròniques de la guerra dels segadors*, ed. de A. Simon i Tarrés, Barcelona 2003, pp. 288-297.

<sup>72</sup> T. De Santis, *Storia del tumulto di Napoli*, Trieste 1857, I, pp. 132-133 (ed. de un original contemporáneo a los hechos). El episodio lo refirieron otros cronistas como G.B. Piacente, *Le rivoluzioni del Regno di Napoli negli anni 1647-1648*, Nápoles 1861, p. 58 (original de 1649), o A. Giraffi, *Le Rivoluzioni di Napoli*, Gaeta 1648, pp. 170-172.

uno, educado y sofisticado el otro <sup>73</sup>. Sin embargo, la virreina tuvo un cuidado extremo en los detalles estando muy lejos de querer burlarse. De Santis, en su descripción señalaba lo delicado de la situación, pues de aquel encuentro y su desarrollo sería crucial “*el trattamento futuro*”, es decir, el restablecimiento del sentido de jerarquía y la recuperación de la preeminencia viceregia. Algo que la interlocutora de la virreina captó perfectamente, su respuesta implicaba un acto también medido de contención y de cautela: *V.E. sia molto ben ritrovata: Vostra eccellenza è Viceregina delle Signore, ed io sono Viceregina delle Popolane*. A pesar de que con esta frase quedaban marcados los límites, los cronistas coinciden al señalar que mediante el manejo del protocolo, la duquesa de Arcos logró su propósito de fijar el estatuto de cada uno, brillando como virreina de todos y para ello tuvo un valor fundamental la gestualidad, el abrazo del recibimiento, el maternal afecto que desplegó en la conversación, usando las manos y los brazos para hacer evidente la “sinceridad” de sus intenciones. La atención prestada al bebé que la Massanella llevaba en brazos muestra el despliegue de convenciones

<sup>73</sup> C. Cantú, *Storia degli Italiani*, Milán 1856 p. 745; G. Ferrari, *Opere di Gianbattista Vico coll'analisi storica della mente di Vico in relazione alla Scienza della civiltà*, Milán 1854, I, p. 91; A. Saavedra (duque de Rivas), *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello*, Madrid 1881, p. 124.

<sup>74</sup> T. De Santis, *Storia del tumulto di Napoli...*, pp. 132-133:

*Al medesimo tempo che Massanello s'imbarcò a S. Lucia per andare a Posilipo, mandò la viceregina a pigliare moglie con la propria carrozza a quattro cavalli (...) Si discorse intanto a palazzo intorno il modo da ricevere queste femmine, e fu stabilito di trattarle come signore d' alto affare, sì per essere l' una moglie, e l' altra cognata d' un generalissimo del popolo, e sì per dare a tanto numeroso stuolo, buona caparra del futuro trattamento. Furono dunque ricevute all'uscir di carrozza dal capitano della guardia e dal cavallerizzo del viceré, e questi medesimi avendole fatto entrare in due seggette, una della viceregina e l' altra della moglie del visitatore, e le rimanenti di mano in mano in cert'altre di diverse signore, le accompagnarono poi, col capo scoperto, sino alla stanza destinata per la visita; ed entrate dentro le due seggette, fu accolta la generalissima con lietissimo volto dalla vice-regina, che l'abbracciò caramente, dicendo: Sea V.S. Illustrissima muy bien venida; e V.E. (ripigliò la Masanella) sia molto ben ritrovata: Vostra eccellenza è Viceregina delle Signore, ed io sono Viceregina delle Popolane. La duchessa con molta accortezza, secondando le sue parole e dimostrando sincerità nel trattare, s' era resa padrona della loro volontà, onde tutte a gara l'ammiravano, e di comandare instantemente la richiesero. La viceregina se n'avvide, e perciò, tirata da parte la moglie di Masanello, la pregò ardentemente a procurare che il suo marito condescendesse ad accettare le mercedi*

al que nos referimos, pues fue una forma de seducción que aludía a la maternidad como nexo que unía a las mujeres <sup>74</sup>.

La duquesa de Arcos se mostró como una consumada maestra en el dominio de la disimulación y del artificio político. En una carta a su tío, Don Luis Fernández de Córdoba, en la que informaba del asesinato de Massaniello y daba por concluida la revuelta, calificaba al líder asesinado como “pícaro” manifestando un profundo desprecio por el pueblo. Aunque nada dice de su encuentro con la mujer del jefe revolucionario, la información que dio a su pariente se centró en el análisis el triunfo obtenido como resultado de una estrategia de disimulo. Se obtuvo la confianza de los líderes gracias a un estudiado despliegue de persuasión que contrasta, y aquí no le dolían prendas a la duquesa en manifestarlo, con el fracaso del marqués de los Vélez para sofocar la revuelta de Palermo, quien dejó que el pueblo se hiciera con todo siendo incapaz de persuadirlo para volver a la obediencia <sup>75</sup>.

Si bien el caso de las revueltas es extremo, en él podemos individualizar una de las virtudes asociadas a las virreinas, la de madre e intermediaria, depositaria de una autoridad asociada al marido, tutelar y componedora, que se despliega sobre los hijos, los criados, los oficiales de la casa y, por extensión, los súbditos.

---

*che il viceré gli faceva, e beneficiare la città col lasciare il comando delle armi. Ma non giovarono gli amorevoli ricordi della viceregina; e pertanto colei, infastidita dalla proposta, risentitamente rispose: or questo no; chè se il mio marito lasciasse il comando, non saria più, né la sua persona, né la mia rispettata. E però sarà bene, che siano tutti due uniti insieme, il Viceré, e Masanello, uno governando il Popolo, e l'altro gli Spagnoli. Si maravigliò grandemente la viceregina, che quella donna, levata dal fuso e dall' ago, conosciuta per dappoca da tutta la città, avesse con tanta libertà, e senz' alcun timore detto i suoi sensi; e però le replicò di aver ciò detto per sapere il suo compiacimento, che indubitatamente si sarebbe eseguito. Sosteneva in seno la Masanella un bamboccio suo, cui fecero tante carezze tutte le signore presenti, che non avrebbe avuto che desiderare pel suo figliuolo la maggior principessa. Nè il visitatore, che vi si trovò, mancò di esercitare le arti sue, pigliandolo caramente in braccio, e più volte baciandolo. Quindi, dopo altri discorsi che poco montavano, si accommiatarono tutte, e fu la moglie di Masanello favorita d' altri donativi dalla viceregina.*

<sup>75</sup> Nápoles, 25 de julio de 1647, Carta de la señora duquesa de Arcos al señor don Luis Fernández de Córdoba, su tío, *Memorial Histórico Español*, Madrid 1865, XIX, pp. 34-39. Relación del motín, pp. 39-46.

<sup>76</sup> F. E. Gaetani, *Della Sicilia Nobile*, Palermo 1754, p. 74.

En el ceremonial siciliano, la virreina se situaba a la espalda del virrey en los actos públicos, era como la luna reflejando la luz del sol, su complemento <sup>76</sup>. En el diccionario de erudición eclesiástica de Gaetano Moroni la voz viceregina dice que es la mujer del virrey: “*fa le veci di Regina, Regina vices gerere*” <sup>77</sup>. Actúa, en definitiva, como reina.

<sup>77</sup> G. Moroni, *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, Venecia 1853, XCIX: voz *Vice Rè*, p. 184.